

Reseña
**La novela
 es puro cuerpo**
 Tununa Mercado

¿Qué se pide a una literatura* de exilio? Que sea vigorosa, que diga todo lo que dentro del país propio, eyector, se silencia; que supere momentos anteriores de su autor y de su género, que permita identificaciones, que resuma la perspectiva distante y, al mismo tiempo, terriblemente cercana, de quienes no puedan volver. La exigencia es extrema y tal vez surja por un pudor también extremo: en un mundo donde ya es una categoría que se mide en cifras y tiene hasta incidencia poblacional, el exilio de latinoamericanos se ha convertido en una moneda corriente, muy mentada, tan repetida que debe seguramente aburrir a los anfitriones nacionales que alojan al desterrado, ciudadanos para quienes el exilio no ha de ser tal vez más que mera acotación, punto de referencia al margen. Es por eso que, con pudor, con la discreción más prudente, voy a decir lo que pienso de uno de los libros más subversivos que se hayan producido en la literatura argentina del exilio, *No habrá más penas ni olvido* de Osvaldo Soriano, un libro que confirma las expectativas arriba enunciadas y obliga a replantearlas.

En primer lugar, subversivo porque su autor no transita en ninguna senda complaciente; por ejemplo, no hace ningún realismo socialista de esos lacrimógenos que rezuman idealización, subjetivismo y buenas acciones salvadoras, acollarados al lector, soplándole complicidades bien pensantes; tampoco pretende disfrazar una "buena conciencia" política detrás de una actitud realista mágica o fantástica, esa especie literaria que no siempre consigue ocultar su montaje literario para insuflar "mensajes". Y no hace muchas otras cosas más, que sería largo enumerar, pero cuya enumeración quizás permitiría ver en su desnudez el proyecto de Soriano, nada más en las antipodas de cualquier boom tranquilizador.

Cuando empezaban las matanzas en la Argentina, asesinatos que habían sido esporádicos desde 1970 en adelante y que de pronto recrudecieron, poniendo de manifiesto la impunidad de los aparatos represivos durante el peronismo en el poder — e iniciando una continuidad en el horror que los militares habrían de asumir a cara descubierta poco después, en 1976 —, salió en Buenos Aires *Triste, solitario y final*, la primera novela de Osvaldo Soriano, uno de los periodistas argentinos jóvenes que había logrado un estilo personal envidiable: incisivo, ágil, desdeñoso, particularmente sensible a ciertas manifestaciones "menores" de la realidad, pero buscando siempre en ellas la grandeza y la miseria de la condición humana.

En *Triste, solitario y final*, de 1973, hay un Marlowe (el de Chandler, transfigurado, aunque, en esencia, puro) y un Laurel (el del Gordo y el Flaco), cenitales ambos, dejando flotar viejas glorias, antiguos gestos que no se paladean ni se evocan, ni se rechazan o aceptan como malos o buenos recuerdos, sino que se reeditan e irrumpen como acciones fantasmales, imágenes en sepia a través de las cuales la dignidad se recupera, amarga y filosóficamente, nunca como adorno moral.

Esa novela no hablaba de las circunstancias límites que Argentina empezaba a protagonizar, no aplaudía ninguna gesta y, más bien premonitoriamente, se recostaba sobre la melancólica displicencia de dos personajes en el ocaso de sus vidas, evitando, en consecuencia, dejarse atrapar por la seducción triunfalista que había penetrado todas las capas de la realidad argentina por esos años del peronismo-camporismo. En personajes aparentemente tan alejados del drama argentino como Laurel o Marlowe a los que habría que sumar el periodista que va hasta las fuentes, Hollywood, para servirles de nexos y reconstruir el ocaso de los dioses, designio también distante de la apuesta argentina — Soriano proyecta una filosofía que prefiere no tener nada que ver con el poder: ni con la pequeña gloria narcisista individual, ni con los juegos sociales de otras glorias más "altas" que depara el sistema, cualquiera sea.

En *No habrá más penas ni olvido* ese distanciamiento orgulloso — que seguramente tiene raíces anarquistas — prefigurado en *Triste, solitario y final*, se torna ascesis helada por la precisión del relato y el admirable equilibrio entre diálogo, descripciones y explicaciones (una pulseada en la que no hay vencedor sino pura tensión narrativa), pero de un hielo incendiario, un hielo que podría llegar a fundir los contornos de la realidad convirtiéndola en materia ígnea.

Lo que se cuenta en *No habrá más penas ni olvido* es una guerra pequeña, a escala menor, en modelo reducido, pero en la que se ponen en juego todos los avatares de la gran guerra, aunque quienes combatan no tengan exteriormente la apariencia ni cuenten con los recursos de los grandes héroes. La guerra se desarrolla en un pequeño pueblo del interior argentino, en un momento de álgidos equívocos políticos en el que la tragedia termina por ser la consecuencia natural de un exacerbado "daltonismo" que ha llevado a confundir los términos de la realidad de una manera patética: los presuntos aliados del pueblo son sus victimarios; los héroes son mártires que van a morir por un ideal — o ideología, el peronismo — que ya no puede ofrecerles sino frustración, y por un líder, Perón, que se recorta, superestructuralmente, en lo alto y en el trasfondo, sin descender.

Los "agonistas" de la tragedia — que, además, literalmente agonizan — no van a abandonar la lucha sino hasta que la muerte los detenga, envueltos en la mística de la resistencia, absolutos, situados ya en una dimensión casi sobrenatural, precisamente allí donde la utopía, al encontrar sus límites, renace con la fuerza y el vigor de una verdad.

La novela es puro cuerpo, en el sentido de "materia consistente": cuerpo de la letra y del habla, cuerpo del relato y de los personajes. Pocas veces en la novela argentina — si quizás en Roberto Arlt — el cuerpo había existido tan plenamente. Los lenguajes, por ejemplo, son como piedras esculpidas. Los mártires recrean

el lenguaje del peronismo "bueno" en todo su rigor populista: desafiante, combativo, camaraderil, retóricamente solidario, autosuficiente y barrial. Los otros, los asesinos del pueblo, también peronistas, muestran otras marcas, las de un lenguaje prepotente, sodomizador, fascistoide que en Argentina fue siempre el signo del poder de matones sindicales o policíacos. Pero no se trata de una versión maniquea que diera cuenta de buenos y malos: ambos lenguajes, que pudieron convivir en el remanso nacional populista se dejan reconocer en los diálogos y segregan toda su riqueza expresiva hecha de esencias, de supuestos, de guiños que suelen intercambiarse, poniendo dramáticamente en descubierto la amarga confusión que provocó el "daltonismo" ideologizado del que hablábamos.

Están también los cuerpos presentes, en el dolor, en el lento desangrarse o en la vertiginosa caída; en la implacable percepción de la muerte; tan presentes que caen encima del lector, sin que la letra o la frase puedan detener sus desplomes ni circundar con claridad el verdadero campo de batalla en el que se debaten. La acción involucra al lector quien, más allá de toda metáfora, se ve incluso obligado a parar los golpes que arrecian o a tenderse fuera del alcance de las balas; pero también, sin que medie ninguna reflexión intertextual explícita ni el relator discorra teorías o revoluciones, de pronto, de entre los caídos se eleva una voz — no proclamada, sino surgida directamente de la acción —, fuertemente lúcida, descarnada y, por ello mismo, revolucionaria.

*Osvaldo Soriano, *No habrá más penas ni olvido*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1980.